

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Deseos De Navidad

El Rey Cascanueces se preparó para un gran banquete navideño, porque Santa Claus había prometido a sus tres hijos algo muy especial. ¿Qué crees que era? ¿Un poni o un barco? No, no, el Príncipe Cascanueces y el Príncipe Botones no necesitaban esas cosas, mientras que el pequeño Príncipe Pepín, tenía todo lo que quería. No, Santa Claus había prometido un deseo a cada uno. ¿Qué desearían los príncipes? Nadie lo sabía. Los periódicos declararon que, por supuesto, sus deseos serían algo bonito para el pueblo, pero el periódico no sabía más del asunto que tú o yo.

Santa Claus se escabulló cuando nadie lo veía. Se acercó a los tres príncipes y les dijo:

—Déjenme oír lo que desean.

Todos los cortesanos se pusieron de puntillas y se podría haber oído caer un alfiler, estaban muy ansiosos por saber qué deseaban los príncipes.

Pepín, aunque era el más joven, como era un niño descarado y mimado, habló primero, y dijo:

—Un príncipe siempre debe salirse con la suya. Hay muchas cosas que me molestan. A veces, cuando vuelo mi cometa, no hay viento. Creo que un príncipe debería poder volar siempre su cometa; si no, sería como cualquier otro muchacho. También llueve cuando voy a montar a caballo, y el sol se pone antes de que esté

listo; y mi pelota se cae cuando quiero que se quede arriba, y a veces hace demasiado calor, y a veces hace demasiado frío; en resumen, no hay fin a mis molestias, y quiero regular estas cosas yo mismo.

Santa Claus miró fijamente a Pepín para ver si hablaba en serio. Pepín devolvió la mirada a Santa Claus con el rostro serio.

—Cumple tu deseo mientras sigas siendo príncipe —dijo Santa Claus.

Los cortesanos se quedaron mirando, pero nadie tuvo tiempo de hacer ningún comentario, pues el Príncipe Cascanueces deseaba el penique de la suerte. Ya saben que quien tenga un penique de la suerte ganará dinero, más dinero, mucho dinero, y nunca perderá nada.

—Pero hay una objeción —dijo Santa Claus—. Por el uso continuo, el penique de la suerte será más importante para ti que cualquier otra cosa.

—Vale, no me importa —dijo Cascanueces, guardándose el penique de la suerte en el bolsillo.

El príncipe Botones, sonrojado hasta la punta de las orejas, deseó casarse con la dulce hija del zapatero, y que el espíritu de la Navidad viviera en su casa todo el año.



El Rey se levantó de un salto, echando humo y balbuceando:

—¡Idiota! ¿La hija del zapatero y el espíritu de Navidad? ¡Qué deseo tan estúpido!

Su Alteza Real se enfadó mucho, la Reina se desmayó y los cortesanos lloraron. El Príncipe Botones huyó en medio del alboroto; Santa Claus desapareció; y la corte se encontró de repente a oscuras. Era mediodía, pero el sol había salido del cielo como una vela apagada. Nadie encontraba velas ni cerillas, y se produjo una gran confusión en el palacio y en la ciudad. La gente se quedó a oscuras en las tiendas y en los transbordadores. La gente que estaba cenando, la gente que estaba haciendo la compra y la gente que acababa de salir para ver la Navidad, estaban todos a oscuras. Todo el mundo estaba asustado, pero resultó que el príncipe Pepín, que quería ver las luces de Navidad, había ordenado que se pusiera el sol.

El rey gritó:

—Ordena que vuelva a salir el sol; y si te sorprende haciendo tal cosa de nuevo...

Pepín, que temía a su padre, no esperó al resto de la frase; así que, justo cuando todo el mundo había encendido velas, o encendido el gas, volvió a salir el sol.

—Me parece —dijo Pepín, malhumorado—, que después de todo no me estoy saliendo con la mía —y se marchó abatido a jugar con una pelota. El juego no le salió bien y gritó:

—¡Estúpida pelota! Siempre se cae.

—Sólo obedece a la ley de gravedad, cariño —dijo la Reina.

—Ojalá no existiera la ley de gravedad —dijo Pepín.

¡Zas! Pepín volaba por los aires. Pataleando frenéticamente, vio que el Rey, la Reina, todo, ¡iban tras él! Algo le golpeó con fuerza en la nariz. Estaba en una tormenta perfecta de grandes manzanas redondas, ¡volando en todas direcciones! Pum, pum, en la cabeza, en la boca, en los hombros. Pepín esquivaba y chillaba; el aire estaba lleno de piedras y maderos; un caballo pateaba justo por encima de su cabeza; alguien lo tenía agarrado por el pelo, y otro por las piernas, pues, por supuesto, todo el mundo se agarraba en todas direcciones para salvarse.

—¡Oh! —gritó Pepín en medio del alboroto general de ladridos, relinchos, rebuznos, cacareos y gritos—. Ojalá volviera la ley de gravedad.

Al instante, Pepín, el Rey, la Reina y el pueblo se pusieron en pie. Todo estaba de nuevo en su sitio, todos un poco desarreglados, pero nadie herido. Los periódicos declararon que el asunto era la mejor broma de la temporada, pero el pueblo parecía muy triste.

Pero a Pepín le hizo gracia y continuó con otras bromas. A menudo, cuando estaba perezoso, el sol no salía hasta el mediodía. Y otras veces mantenía el sol en el cielo hasta las nueve de la noche, mientras todos los niños de la ciudad lloraban por dormir. Tres naciones declararon la guerra al rey Cascanueces, a causa de las bromas de Pepín. Los campesinos estaban desesperados, pues Pepín apenas dejaba caer una gota de lluvia; y como le

gustaba patinar en verano, arruinó las cosechas con una semana de hielo y nieve en julio.

Pepín ya no temía a su padre, pues podía abandonarlo en cualquier momento en total oscuridad, de modo que nadie podía detener al príncipe. Entonces, una noche se oyeron fuertes golpes en la puerta del palacio. Había una multitud en las puertas; el pueblo, cansado de las bromas de Pepín, se había rebelado. El Príncipe Cascanueces se guardó la moneda de la suerte en el bolsillo y salió por la puerta de atrás; nadie se quedó a cuidar de los Reyes, que corrían de un lado para otro en gorro de dormir y pantuflas, terriblemente asustados. Al día siguiente, los periódicos aparecieron con un nuevo titular. Se llamaba ahora Diario del Pueblo, y decía que, la noche anterior, el viejo señor Cascanueces y su hijo Pepín se habían escapado, nadie sabía cómo, y a nadie le importaba. Así que ya no había familia real. El príncipe Cascanueces vivía como un plebeyo y había abierto una tienda en la ciudad. Y a Botones lo habían echado del palacio hacía meses.

Como Cascanueces tenía el penique de la suerte, por supuesto que ganó dinero en su nueva tienda. Cada día, y durante todo el día, miraba fijamente el penique y no se preocupaba de nada más. Ganaba dinero todo el año y no regalaba nada. Nada a Pepín, porque él había provocado sus desgracias. Nada a Botones, porque podía haber deseado algo mejor, si hubiera querido, que el espíritu de Navidad y la hija del zapatero. Nada para nadie, porque ¿por qué no iba la gente a trabajar y ganar dinero, como él había hecho, si lo querían? Y cada

día se parecía más a su penique, es decir, cada vez menos útil para todo lo que no fuera comprar y vender. Un día pasó por allí Santa Claus, al que hacía diez años que no veía. Oyó de repente un tintineo de campanas de trineo, levantó la vista y vio que era Santa Claus que venía.

—He parado mi trineo —dijo Santa Claus—, para ver si tenías algo que dar a tu padre y tus hermanos.

—¿Por qué les enviaría algo? —respondió Cascanueces. Santa Claus se metió las manos en los bolsillos, como si intentara contenerse.

—¡¿Para qué?! ¿No eres tú rico y ellos pobres? Tu propia sangre. Si no tienes el amor de un hijo y de un hermano, debes sentir el espíritu navideño al menos una vez al año en tu corazón. Inspirándote a amar y a ser amable con los demás.

—Pues yo no —gruñó Cascanueces—. Si la gente quiere cosas, tiene que trabajar para tenerlas, como yo. Y... Cascanueces no llegó a terminar este discurso, porque no podía. Una sensación muda, seca y dura se había apoderado de él. Se le habían ido las piernas y también los brazos. Algo lo envolvía. Tuvo la extraña idea de que se había vuelto redondo y de que, aunque suene ridículo, Cascanueces estaba seguro de que se encontraba en el cajón de una mesa, entre unas monedas, y de que era una moneda de cobre.

Entonces oyó a su mujer gritar:

—¡Sr. Cascanueces, Sr. Cascanueces!

Luego oyó a sus hijos gritar:

—¡Papá, papá!

Luego una carrera escaleras arriba y abajo. Lo estaban buscando. Entonces alguien declaró que había desaparecido. Así que fueron a los periódicos para poner un anuncio en ellos, sacando un puñado de dinero del cajón, ¡Cascanueces estaba entre los peniques y alguien lo llevó a la oficina de un periódico, y pagó con él como un penique por un anuncio sobre su propia desaparición! Dos minutos después, el hombre del periódico se lo dio en cambio a un caballero, que lo pagó a un vendedor de periódicos, que compró con él una manzana a un tendero, que se lo volvió a dar en cambio a un zapatero, que lo metió en su bolsillo sucio y remendado, donde Cascanueces no encontró otra cosa que una pieza de oro de cinco dólares.

Este zapatero era Botones. ¿No era ésta una forma encantadora de que dos hermanos se encontraran? El bolsillo en el que se metió Cascanueces estaba muy sucio, pero aquel zapatero, que caminaba bajo el viento cortante sin abrigo y con las manos en los bolsillos, tenía un calor y una chispa en el corazón que hacían que Cascanueces se sintiera más alegre, aunque no sabía decir por qué. Había árboles de Navidad en todas las esquinas, y coronas navideñas apiladas en los puestos, y ante cada árbol y cada corona Botones se calentaba más y más. Había mujeres que volvían a casa del mercado, con una amplia sonrisa en la cara, y Botones les devolvía la sonrisa mientras caminaba, silbando y mirando a su alrededor. A Cascanueces, Botones le parecía el hombre más feliz de la tierra.

Todo este tiempo Botones caminó muy deprisa y muy recto hasta que llegó a cierta tienda. Fuera de esta puerta había un puesto de ropa, y en este puesto colgaba un abrigo, marcado "Sólo cinco dólares".

Botones se detuvo.

—Necesito un abrigo —se dijo Botones—. Tengo cinco dólares en el bolsillo. ¿Me lo compro? Pero si lo compro no me queda dinero para comprar una cena de Navidad para mi familia, mamá, papá y Pepín.

Luego comenzó a contar con los dedos:

—Una bata para papá, un chal para mamá, una bata nueva para mi mujer, golosinas para los niños, una caja de pinturas para Pepín, y la cena —y luego dio un pequeño suspiro; y volviendo a meterse las manos en los bolsillos, se alejó tan rápido como había venido.

Botones vivía en el piso de arriba, en una casita de una calle sucia. Sus habitaciones eran pequeñas y estaban abarrotadas. Allí estaban los viejos señor y señora Cascanueces, que nunca olvidaron que habían sido rey y reina, y que la mujer de Botones era la hija de un zapatero, y nunca recordaron que Botones les había devuelto su crueldad con amabilidad, y creo que no eran gente muy agradable para vivir. Allí estaba Pepín, que había resultado herido al escapar del palacio, y que desde entonces no había vuelto a levantarse de la cama. Allí estaba la esposa de Botones, de rostro agradable; había tres niños gordos; estaba el arbusto, que se había convertido en un gran árbol; y había, Cascanueces no sabía qué, pero estaba seguro de que había algo que había estado buscando toda su vida.

Los niños corrieron hacia su padre.

—¡Ah! Estoy muy cansado. ¿Pueden salir a ver si hay

algo fuera? —dijo Botones, fingiendo un gemido.

Los niños abrieron la puerta:

—¡Mamá, ven rápido! Aquí hay un pollo, arándanos y pasas.

—¡Un pollo! —gritó la vieja Sra. Cascanueces.

—¡Coronas de Navidad! —exclamó su esposa, asomándose al pequeño y oscuro vestíbulo—. ¿Por qué, seguramente, nunca...? ¿Las hiciste?

—Sí, las hice —dijo Botones, con los ojos bailando—; en el bosque. Los cedros me dieron ramas a cambio de nada.

—¡Coronas de Navidad! —repitió Pepín desde la cama—.

Dame una —y tomándola entre sus finos dedos, continuó—. ¡Ah, qué bien huele! Como el bosque. Ojalá pudiera ver un árbol una vez más.

Botones se levantó de un salto y corrió escaleras abajo muy deprisa, y lo oyeron volver arrastrando algo tras él, ¡pum, pum! El algo crujió y crujió y llenó la habitación de un fuerte y especiado olor a bosque. Botones lo levantó y lo colocó justo delante de la cama de Pepín.

Era un abeto. Sus ramas gruesas y fuertes se extendían a lo ancho. Su copa rozaba el techo. Los pájaros habían construido nidos en sus ramas y los musgos vivían en sus raíces. Conocía todos los secretos del bosque, del cielo y



de las lluvias, y te los contaba, tan bien como podía, cada vez que agitabas sus ramas. La mujer colgó las coronas por toda la habitación: una en cada clavo, una sobre cada ventana, una sobre Pepín, una en cada respaldo de las sillas del abuelo y de la abuela. Estaba anocheciendo, y la luz del fuego salía y bailaba en el techo y sobre la cubierta blanca de la mesita. Pepín estaba tumbado mirando el árbol. Los niños parloteaban como pajaritos; hasta los abuelos Cascanueces sonreían. Cascanueces se preguntaba cada vez más qué había en los rostros de aquella gente por lo que había trabajado toda su vida.

De pronto Pepín gritó:

—¡Oh, aquí hay algo que cuelga de una rama del árbol! ¡Vaya, es para mí! —dijo mirando el nombre en el envoltorio.

—Entonces será mejor que lo abras —respondió Botones. Pepín desató el hilo, pero le temblaban las manos.

—Es cuadrado —dijo palpándolo. Le quitó el envoltorio—. Está duro —repitió. Quitó el segundo envoltorio y casi se le cae de los dedos.

—¡Una caja de pinturas! —gritaron los niños, bailando alrededor. Y todos estaban contentos.

Cascanueces sintió un curioso cosquilleo en todo el cuerpo, aunque no era más que una moneda de cobre; y cuando miró hacia la chimenea, vio a Santa Claus. El viejo había atado sus renos y se había deslizado por la chimenea, guiñando y limpiándose los ojos, mientras fingía sonarse la nariz.

—¡Ya lo tengo! Lo tengo y sé lo que es —gritó Cascanueces a todo pulmón—. El espíritu navideño vive aquí todo el año, y esta gente se quiere y es feliz. Eso es lo que nunca tuve en casa: felicidad; eso es lo que mi dinero no podía comprar. Por eso cada día trataba de ganar más dinero, siempre con la esperanza de ganar lo suficiente para comprarla.

Y, de una manera misteriosa, Cascanueces se encontró de nuevo sobre sus piernas, y caminaba tan rápido como podía con el bolsillo lleno de dinero, para comprar un pavo monstruoso, y el mejor abrigo de la ciudad, botas y un sombrero a juego, un vestido nuevo, una bata, un chal, un juego de pinturas, un gran ramo, una cesta de juguetes y caramelos; ¿para quién? Pues para Botones, para los abuelos Cascanueces, para la simpática mujercita, para Pepín, y para los niños, por supuesto.